

# Los programas universitarios para mayores en España. Algunas reflexiones para aprender de los errores ajenos

---

MARIANO SÁNCHEZ MARTÍNEZ

Universidad de Granada (España)

Nunca antes he escrito un texto para ser publicado en Portugal. De ahí la especial necesidad de contextualizar. El tema general estaba claro: los denominados Programas Universitarios para Mayores (en adelante, PUM), iniciativa educativa de centros de educación superior destinada a personas de más de 50 o 55 años. Sin embargo, pensé que había que decidir con precisión cuál era el mejor enfoque a utilizar en un caso como éste. De la potencial audiencia de lectores de este texto conozco poco, casi nada. Ahora bien, del contexto portugués relativo a los PUM, sé algo más – sobre todo, gracias a la orientación de mi amiga y colega, la profesora Maria da Graça Pinto, con quien estoy en deuda por ello. Me consta que en Portugal los PUM, organizados por universidades, apenas están iniciándose. Me consta también que el interés y la expectativa al respecto están creciendo. Y me consta, además, que el caso español puede constituir un ejemplo del que aprender.

Pues bien, esas tres constataciones me han dado la clave para tomar la decisión de exponer a continuación algunas reflexiones sobre lo que se puede aprender de la experiencia española, que tuve oportunidad de conocer de primera mano en sus inicios a comienzos de la década de 1990. En especial, creo que puede ser de interés poner encima de la mesa algunos de los errores que, desde mi punto de vista, hemos cometido – y, en algunos casos, aún seguimos cometiendo – a la hora de plantear esta oferta educativa en el medio

universitario. Los errores, si se sabe aprender de ellos, son aleccionadores. Creo que sería una mala estrategia pensar que hay que evitar los errores a toda costa; el error es parte natural del aprendizaje. No obstante, es cierto que los errores – y aciertos – de otros, la experiencia al fin y al cabo, pueden ayudar a orientar la reflexión y la actuación de terceros. Por ello, y con la libertad que los responsables de esta volumen me ofrecen, opto por presentar de forma experiencial y subjetiva un análisis argumentado de algunos aspectos de fondo relacionados con el desarrollo de los PUM en España. Espero que resulten fértiles a los lectores portugueses interesados en el tema.

Además, el límite de espacio establecido para este texto obliga a elegir. De entre las muchas cuestiones que se podrían abordar me centraré fundamentalmente en las dos siguientes:

¿Qué convicciones acerca de qué tipo de conocimiento se han utilizado para fundamentar y justificar los PUM en la forma en que existen actualmente en España?

¿Están consiguiendo los PUM españoles aumentar la proyección social de las personas mayores, dentro y fuera de las universidades?

#### *Sobre algunas convicciones implícitas en la fundamentación de los PUM españoles*

“Los organizadores de los programas [educativos para mayores en Estados Unidos] a menudo son inconscientes de sus propias opciones y elecciones, y de que éstas suponen una adscripción a una cierta filosofía de la educación con unas ciertas consecuencias” (Moskow-McKenzie & Manheimer 1993: 4). Al menos por esta vez sí podríamos decir que lo que se predica para el contexto norteamericano es totalmente extrapolable. En el caso que me ocupa – la educación de los mayores en los programas universitarios –, puede que, en España, hayamos comenzado a aplicar un conocimiento sin ni siquiera habernos cuestionado las convicciones implícitas en el mismo.

Para empezar, hay que referirse a las convicciones **acerca de los propios mayores**. ¿Qué conocimiento estamos aplicando sobre lo que son las personas mayores? ¿Con qué concepto de *envejecimiento* estamos trabajando? ¿Qué tenemos en la cabeza cuando hablamos de personas mayores: los (pre)jubilados, la tercera edad, las personas de edad dependientes, los ancianos, los adultos mayores...? ¿Personas con cierta edad cronológica? ¿Hombres o mujeres? ¿Personas que acuden a los centros de día? ¿Personas con plena capacidad para

aprender o con déficits de aprendizaje? ¿Personas con deseos de aprender por el mero placer de aumentar su conocimiento o personas que buscan instrumentalizar su aprendizaje para el logro de otros fines?

Un primer obstáculo serio con el que nos tendríamos que encontrar a la hora de fundamentar los PUM es éste: resulta imposible caracterizar a las personas mayores. Mejor dicho, lo único posible es inventar una ficción – hay algunas muy efectivas y asentadas –, una ficción que nos pueda dejar contentos y que mostremos aquí y allá para justificar lo que hacemos. Pero si queremos escapar de ficciones y autoengaños, lo más cierto, lo único cierto, es que las personas mayores – en plural – ni son un grupo, ni un segmento, ni una clase, ni un conjunto delimitado por cualquier criterio que se quiera, incluido, por supuesto, el de la edad. No admitir esto de entrada, supone negar una evidencia y tener que enfrentarse con contradicciones difícilmente superables.

Formarse una idea previa de los mayores puede ser el primer gran error. Establecer unos propósitos apoyándose en esa idea, el segundo. No estoy diciendo que la cosa no pueda *funcionar*, porque de hecho así está pasando en muchos casos; lo que digo es que la estrategia, la manera de proceder es equivocada por artificial y fantasmagórica. Sí, muchas veces, los mayores en los que pensamos al diseñar los PUM son sólo un fantasma, un espejismo producto de nuestra enorme capacidad para producir la realidad. Sin embargo, al mismo tiempo, no nos permitimos, de la forma en que deberíamos hacerlo, el descubrimiento de esos otros mayores, los de carne y hueso, los que tenemos ahí delante, con nosotros. Quizá lo que ocurre es que cuando estos mayores reales llegan a la universidad, los otros mayores – los contruidos en nuestras representaciones y pre-nociones – se han acomodado de tal modo en nuestro mundo simbólico que no podemos/queremos librarnos de ellos.

Los mayores están ahí, existen, pero hay que descubrirlos, uno a uno, para conocerlos. Habrá coincidencias entre ellos, naturalmente, pero eso no es lo más importante: lo fundamental es lo que les diferencia, lo que, como seres humanos con vidas distintas, les separa. Centrémonos más en lo heterogéneo, en lo distinto, y dejémonos de simplificaciones cómodas pero engañosas.

Entre los alumnos mayores de los PUM hay de todo: más viejos y más jóvenes, maduros e inmaduros, satisfechos e insatisfechos, optimistas y pesimistas, bien educados y muy mal educados, beatos e increyentes, analfabetos y muy cultivados, solidarios e individualistas, trabajadores y vagos,... Repito, hay de todo.

Esta primera convicción nos aboca a preguntarnos por una segunda sobre **la universidad**: ¿es la universidad un espacio educativo pensado para una heterogeneidad como la que acabamos de presentar? Parece que fundamentalmente no – o, por lo menos, no lo ha sido hasta ahora. La tradición educativa universitaria es, por naturaleza, poco pluralista y bastante segmentadora: por un lado, se divide, ordena y clasifica a los alumnos según criterios de edad y de trayectoria formativa, básicamente, y por el otro, se hace lo propio con el conocimiento, según profesores, cursos y asignaturas troncales y optativas, etc.

Con respecto a los alumnos, si bien las prácticas segmentadoras se han visto alteradas con la flexibilización que ha traído consigo en algunos casos el sistema de créditos – con la consecuente destrucción de la identidad de cursos y grupos –, aún está mayoritariamente asentada *la pedagogía de la masa*, que se articula en torno a sesiones de clase para grandes grupos en las que poco más se puede hacer que transmitir información. Lo paradójico es que las rutinas de esa pedagogía – a las que algunos prefieren llamar *tradición o cultura universitaria* – sigan ocupando un espacio incluso allí donde el grupo ya no es grande ni donde los alumnos persiguen el logro de una credencial – como ocurre con muchas de las personas implicadas en los PUMs.

Por lo que se refiere al **conocimiento**, nuestras universidades no son por lo general lugares para el desarrollo y el bienestar de los *estilos de pensamiento postformales*, más frecuentes en las personas mayores, y cuya esencia son la contradicción y la relativización. La profesora norteamericana Jan D. Sinnott (1986, 1998) ha estudiado a fondo este tema y no se anda con rodeos cuando concluye que, para conseguir una educación universitaria a la altura de los más adultos es necesario “reinventar la universidad”. De su planteamiento, los responsables de Programas Universitarios para Mayores podrían aprender que su labor debe ir encaminada a consolidar y aumentar el conocimiento experto de los alumnos – en el sentido en que se entiende este término dentro del pensamiento postformal –: en lugar de transmitir certezas, compartir con ellos las contradicciones en las que estamos inmersos y animarles en una reflexión dialéctica, donde ellos mismos tomen las riendas de la búsqueda de una síntesis adecuada y a la vez inevitablemente relativa. Todo esto enmarcado en la convicción de que nuestras identidades nunca están totalmente hechas sino que, mientras vivamos, se rehacen, se producen y reproducen a partir de la interacción con otras personas, con otras culturas, con otras ideas, con otras instituciones como la universitaria.

En definitiva, podemos caer, aunque sea bienintencionadamente, en un error mayúsculo: aplicar *per se* a los programas para mayores lo que venimos haciendo tradicionalmente en nuestras Facultades y Escuelas. Es lo que se podría llamar el *error continuista*. Esto puede que nos sirva, que nos *funcione*, en un principio, pero no irá muy lejos. Tiene sus días contados, como lo tiene esta forma de entender la enseñanza universitaria. En consecuencia, no deberíamos engañarnos.

Resumiendo, la cuestión que se suscita es si, de verdad, podemos pedirle peras al olmo de la universidad. Las peras serían nuevas formas de encarar el quehacer universitario, formas que, por definición, no pueden ya ser ni fijas ni universales, dado que lo único cierto es el cambio constante en el que vivimos sumidos, jóvenes y mayores, universitarios y no universitarios; en esto del cambio sí que no hay distingos posibles.

Termino este repaso sobre algunas de las convicciones con un comentario sobre una tercera, esta vez acerca de **la mejor forma de alimentar la reflexión y la práctica sobre la educación de las personas mayores**. Hasta ahora, el camino más habitual ha sido el propuesto por la gerontología educativa, que se puede resumir del modo siguiente: arranquemos del hecho incontestable del envejecimiento, y de la existencia de personas en fases más o menos avanzadas de este proceso, para luego ocuparnos de estudiar cuál es la práctica educativa que conviene desarrollar con ellas. Frente a esta estrategia, definiendo otra, la de la gerontagogía. ¿En qué consiste? En este caso no se parte de la persona envejecida – lo que ya acarrea prejuicios y preconociones sobre lo que es un viejo o una persona mayor – sino del conocimiento de la relación y los procesos educativos, de cómo se construyen y cuáles son sus potenciales; a partir de ellos, es desde donde nos encaminamos al encuentro de la persona, cualquiera que sea – niño, joven, adulto o mayor. En la opción gerontagógica, la identificación del mayor, de la persona vieja, llega más tarde, de hecho se convierte en un primer logro de la tarea educativa: el conocimiento de lo que dicen ser los propios mayores y de lo que nosotros, desde fuera, decimos que son. Para la gerontología educativa, el envejecimiento es su razón de ser primera; para la gerontagogía, lo es la educación, pero no cualquier educación sino una basada en la comunicación como medio para el descubrimiento de la situación educativa, la definición de necesidades educativas y la construcción conjunta del conocimiento. Tenemos ante nosotros, aunque algunos no quieran verlo así, una disyuntiva: poner delante el carro de la gerontología o los bueyes de la

gerontagogía. Cuando menos, los que coloquen delante el carro son candidatos a llevarse muchos más chascos (<sup>1</sup>).

En conclusión, defendemos que el estudio de la persona mayor en situación de enseñanza/aprendizaje necesita de planteamientos originales y específicos cuya producción no debe verse dominada por la gerontología, aunque sí propiciada, entre otras disciplinas, por ésta. Junto a – que no dentro de – las ciencias de la educación se encuentra el otro espacio natural a partir del cual proponer los modelos – educativos al fin y al cabo – teórico-prácticos más apropiados para la enseñanza/aprendizaje con/por/para/en los adultos más mayores.

Si en la gerontología el interés va dirigido al estudio del envejecimiento o de la persona envejecida, y en la gerontología educativa se abordarían los aspectos educativos de ese envejecimiento, en la gerontagogía se persigue el estudio de la práctica educativa no como parte de ese proceso de envejecimiento sino, en primer lugar, como enseñanza y aprendizaje de personas, diversas entre sí, relacionadas con un contexto, y con una vida personal y social que tratan de llevar adelante con la mayor calidad y felicidad posibles.

Una educación dependiente de los planteamientos gerontológicos – que adolecen de la dificultad de aprehensión absoluta de un objeto resbaladizo y de una multidisciplinariedad más retórica que real – y sin método, sin modelo teórico-práctico, sin principio integrador, sin orden y coherencia, no es más que un hacer por hacer peligroso. Ahora bien, hay que reconocer al mismo tiempo que el diseño de una intervención educativa sin contar críticamente con lo que la gerontología y sus especialidades puedan explicarnos sobre las personas mayores y su situación personal y social, sería una práctica extraviada. A cada uno lo suyo.

Me he detenido hasta ahora en el tipo de conocimiento – algunas convicciones – sobre los mayores, sobre la universidad y sobre la intervención educativa que podemos intentar aplicar en los PUM. Resumiendo, mi sugerencia estratégica hasta el momento es triple: 1) desechar las construcciones de los mayores como grupo y las pre-nociones en torno a ellos como personas, y apostar más bien por una epistemología del descubrimiento, 2) reconsiderar

---

<sup>1</sup> Para ahondar en esta disyuntiva se puede consultar Sánchez (1998).

seriamente – y hasta poner en duda – las posibilidades educativas de la universidad para con las personas mayores sin caer en el error de que al ser esa institución la representante de la mal entendida *educación superior* demos por hecho que sus prácticas educativas también son *superiores*, y, por último, 3) concebir la tarea como la propone la gerontagogía, es decir, como una labor eminentemente educativa y, por tanto, ilimitadamente transformadora y constructora de conocimiento.

### *Los PUM españoles y la proyección social de las personas mayores*

Para poder desarrollar adecuadamente este segundo tema hay que renovar, revisar, recrear, la forma en que venimos pensando los PUM en España. ¿Qué forma ha sido ésta? Por lo general, una de entre las tres siguientes:

**Primera forma: “Los PUM son actividades que organiza la universidad para atender/satisfacer la demanda de los mayores, que piden a las universidades que abran sus puertas y organicen ciertas actividades para ellos”**

Estamos ante un caso donde la universidad, con la mejor intención del mundo, es servicial – ¿hasta qué punto es también servilista? –, se pone al servicio de los mayores, pero no de todos ellos, sino de algunos mayores, en concreto, de aquellos que han llamado a la puerta haciendo saber su deseo de entrar. Existen dos versiones al uso de esta primera forma de pensar que aparecen a veces conectadas: (i) la *clientelista* – los mayores son una nueva clientela que, en tiempos de descenso del número de alumnos, no viene mal a la Universidad, dado que amplía sus posibilidades de desarrollo – y (ii) la *solidaria* – muchos de los mayores españoles de hoy no pudieron completar ni siquiera los estudios obligatorios, existe con ellos una especie de deuda histórica porque, a pesar de no haber utilizado los servicios de la universidad, sí han contribuido con su trabajo, esfuerzo e impuestos, a sostenerla, aunque sea indirectamente.

Por otro lado, en este caso, se trata de organizar actividades **para** ellos, por tanto, esos mayores, los alumnos de los PUM, son el fin último que justifica todo el esfuerzo. Si ellos dicen que están contentos, que se sienten mejor, que están agradecidos,... entonces el esfuerzo queda justificado. Ahora bien, y dicho de manera contundente, el resto del mundo no existe. Por ello, esta forma de pensar no incluye como preocupación fundamental la proyección de los mayores en el entorno social, si acaso, en el entorno universitario.

**Segunda forma: “Los PUM son actividades que organiza la universidad con el fin de poder cumplir mejor con su función difundir el conocimiento y la cultura a través de la extensión universitaria y la formación a lo largo de toda la vida”**

Como se entiende que las personas mayores también tienen derecho a esa formación, la Universidad se estira y pone en marcha los PUM. La cuestión que surge ahora es, ¿formamos a los mayores por formarlos, por hacer efectivo su derecho a esa formación, por...? Las respuestas a esta cuestión son muy variadas, pero hay algunas más habituales: aquéllas que echan mano de conceptos como *envejecimiento saludable*, *satisfactorio* o *envejecimiento activo*. Estos conceptos indican que la formación organizada en los PUM debe perseguir que sus alumnos mayores alcancen un mejor bienestar físico, psicológico y social, una mejor *calidad de vida*; apuestan por una formación que ayude a mantener activos a los mayores en los contextos en que viven –desde los más privados, como la pareja o la familia, hasta otros más comunitarios. Sin embargo, el concepto de “mantenerse activo” suele restringirse a la práctica de actividades físicas, al aprendizaje de temas de interés personal/social – muchas veces relacionados con el propio proceso desarrollo y de envejecimiento –, o a aprovechar el ocio y el tiempo libre. La expresión ‘formación a lo largo de toda la vida’ se ha convertido en un asidero valiosísimo – y con marchamo oficial – para persuadir a todos aquellos que ponían en duda la pertinencia y validez de los PUM. Pero, como dije antes, se piensa en que este derecho es aplicable a aquellos que vienen a las aulas universitarias: el resto del mundo sigue sin existir – todo lo más, existe como telón de fondo –, si bien, en este caso, el aumento y la variedad de actividad social de los mayores puede tener, a la larga y de manera indirecta, repercusiones en y proyección en los entornos social y universitario. Pero, de nuevo, esta proyección no está en el centro de los objetivos de los actuales PUM.

**Tercera forma: “Los PUM constituyen una prueba de que la universidad se renueva para pasar a ser una institución para todas las edades y, además, intergeneracional”**

Aquí no importa tanto ni lo que los mayores demandan ni el tema de la educación a lo largo de toda la vida, sino la *reinención de la universidad* – aunque esto suene un tanto excesivo. Se trata de una justificación que pone en primer plano a la propia universidad y su interés por renovarse institucionalmente. Dentro de las renovaciones más extendidas está la que



apunta que la universidad contemporánea no puede o no debería ocuparse sólo de cumplir sus funciones con personas – en tanto que alumnos – de una cierta edad – normalmente la de la primera formación profesional. En esta línea está la proliferación de los denominados Centros de Formación Continua, que se encargan de organizar títulos de posgrado (masters, expertos, cursos de especialización,...). Los PUM vendrían a ser otro elemento en esta línea, pero que, a diferencia de esos Centros, prestan atención a individuos del otro extremo del ciclo vital y, además, no se ocupan de la formación dirigida a al mercado laboral. Veámoslo con un sencillo esquema:

- Universidad más tradicional: alumnos de 18 a 24 años, más o menos, que nunca regresaban a la institución;
- Universidad en la sociedad del conocimiento: alumnos de 18 a 30 años, más o menos, dado que muchos de ellos, una vez acabadas sus licenciaturas continúan realizando cursos de posgrado, doctorados, segundas titulaciones,... Algunos alumnos regresan a la universidad para completar su formación;
- Universidad de todas las edades en una sociedad del aprendizaje (como la llama el profesor británico Peter Jarvis): alumnos de 18 años en adelante; cualquier persona debería llegar a encontrar en la universidad el tipo de oferta adecuada a su demanda de aprendizaje, con gran flexibilidad para entrar y salir de la universidad según se necesite. Con los PUM, además de personas entre 18 y 30 años, se añaden alumnos de 50 o más años. Como vemos, el rango de edad de los alumnos universitarios se configura como una especie de pinza que presiona por los extremos y que se va expandiendo hasta conseguir que no exista ningún vacío central. Esta universidad es la que, por primera vez, es intergeneracional –en cuanto al alumnado, por que siempre lo fue en la relación alumno/profesor–, y los PUM son la avanzadilla de ello, aunque aún no se sabe muy bien cómo sacarle un partido concreto a este tema. De momento, lo intergeneracional se refiere al hecho de que personas de distintas generaciones comparten espacios, aulas, asignaturas,... pero queda aún mucho por hacer para explotar esa comunidad de generaciones que se va gestando. Por ello, más adelante volveré sobre la cuestión.

Según esta tercera forma de concebir los PUM, la proyección de las personas mayores se valora, ante todo, en el propio espacio universitario, como lugar donde se gesta la potencialidad de actividades en las que, como ocurre en

pocos sitios, la edad no sea condición previa. Si bien hay que reconocer que, por ahora, la mayoría de los PUM, a pesar de predicar la intergeneracionalidad, siguen centrándose fundamentalmente en la organización de programas específicos para los mayores; a lo más que se llega es a autorizar que los mayores puedan acudir a las aulas con los más jóvenes; los resultados reconocidos de este contacto –sólo se habla de resultados positivos, faltaría más – parece que habrán de producirse de manera automática. Craso error.

En estas tres formas de pensar los PUM, que considero las más usuales – a veces aparecen entremezcladas –, el tema de la proyección social de los mayores, de los alumnos mayores, sólo tiene cabida de manera indirecta. En la primera forma, lo importante es que la universidad concede *graciosamente* la oportunidad a ciertos mayores de que acudan a las aulas, y se concentra en lo que los alumnos mayores demandan y en conseguir tener satisfecha a la *clientela*; en la segunda forma las universidades intentan hacer efectivo en la práctica un derecho a la educación a lo largo de toda la vida, tratando de buscar modelos educativos *ad hoc*, que normalmente se centran, ante todo, en los mayores como personas, como individuos, y, después, en su papel activo dentro de la sociedad – que queda en segundo plano; por último, en la tercera forma, se comienza a sacar un partido original al hecho de que algunas personas mayores vivan en el campus universitario tratando de aprovechar – aunque aún tímidamente – el potencial de una comunidad de generaciones.

Las tres formas de pensar tienen en común un interesante rasgo a efectos del tema que abordamos: todas ellas aplican una racionalidad *de dentro afuera*. ¿Qué quiere decir esto? Por lo general los esfuerzos se concentran en plantearse objetivos y actividades que se han de llevar a cabo *dentro de* la universidad, con aquellos mayores que voluntariamente acuden a las aulas y que sólo son una minoría *dentro del* conjunto de personas mayores. Una vez que se ha decidido qué hacer *dentro de* la universidad, se pasa, si es que se llega a ello, a pensar acerca de las consecuencias de los PUM con respecto al mundo exterior, a lo que hay más allá de ellos, *afuera*. Esto está trayendo consigo una consecuencia no intencionada: los PUM están viendo cómo se estanca su crecimiento bien porque ya no pueden admitir más alumnos – frente a una potencial demanda creciente de *fuera* se imponen reglas administrativas y de recursos decididas desde *dentro* de la universidad – bien porque, aunque las puertas siguen abiertas, aquello empieza a ser percibido *desde fuera* como una especie de club – la

renovación de alumnos es escasa proporcionalmente, los alumnos tienen a perpetuarse en las aulas porque les gusta estar en la universidad,... De ahí que el enorme crecimiento vivido en los inicios, durante la primera mitad de los años 90, haya disminuido. De ahí que, como decía al principio, haya que renovar la forma en que estamos pensando los PUM si es que queremos, de verdad, que sean programas para mayores y no *programas para un pequeño grupo de mayores*. Mi convencimiento es el siguiente: Si las universidades replanteasen – en parte – la filosofía de sostenimiento y, sobre todo, las acciones que llevan a cabo, más mayores acudirían a las aulas, y la proyección social de los PUM, de sus alumnos mayores, y del resto de mayores, aumentaría radicalmente. A continuación voy a sugerir precisamente cuál podría ser una forma de conseguir ese *giro* del que hablo.

*La proyección de las personas mayores, objetivo central e intencionado*

Si queremos que la proyección de las personas mayores en los entornos social y universitario, pero sobre todo en el primero, mejore y aumente, debemos colocar este tema en un lugar central de la reflexión y fundamentación de los PUM.

Imaginemos que los PUM, o algunos de ellos, asumiesen como reto fundamental mejorar la proyección de los mayores tanto en el entorno social como en el universitario – éste es sólo una parte de aquél. ¿Qué supondría este cambio de enfoque a la hora de pensar los PUM? Examinemos a continuación seis posibles consecuencias.

**Primera.** Habría que dar un *giro* de ciento ochenta grados a la lógica subyacente que fundamenta estos programas: habría que pasar a pensarlos *de fuera adentro*. Si lo que interesa es la proyección de las personas mayores – no sólo de los alumnos mayores sino de las personas mayores en general – entonces los PUM deberían partir de un análisis de la situación, necesidades, problemas y realidad de los mayores, y no sólo de atender a su clientela. Esto no significa que no haya que prestar atención a las demandas de los alumnos que han llegado a la universidad, no. Lo que quiere decir es que, si concebimos que esos alumnos están ahí de paso y no van a quedarse siempre, el objetivo último de un PUM será lograr que no pierdan la visión, el interés *hacia afuera* porque, al fin y al cabo, es ahí donde, fundamentalmente, habrán de proyectar su experiencia de paso por las aulas universitarias.

Este giro facilitaría que los PUM no cayesen en otro error, el de convertirse en nuevas torres de marfil para un nuevo grupo de mayores: los alumnos universitarios. Si los PUM no trabajan en el marco de la proyección social hacia el mundo en el que se llevan a cabo, pueden estar contribuyendo, aún con la mejor intención, a producir una nueva segmentación, otra estratificación artificial y peligrosa dentro de las personas de edad más avanzada.

Si el giro se produce significaría que los PUM adoptarían como objetivo de fondo la atención a problemas y necesidades de la sociedad en la que *viven*. No podríamos decir ya eso de que *el resto del mundo no existe*. Una consecuencia inmediata de todo esto sería la que aparece a continuación.

**Segunda.** Frente a la tradición de constituir los PUM en torno al envejecimiento satisfactorio, saludable o activo, habría que dejar un espacio también para el *envejecimiento productivo*. Este enfoque – que no se propone como el único pero sí es indispensable cuando la proyección social de los mayores es la preocupación central – defiende que las personas mayores – por lo menos, algunas de ellas que lo deseen y puedan – tienen una indudable capacidad para realizar *contribuciones significativas* al bienestar y al desarrollo de nuestras sociedades. Esas contribuciones son significativas no sólo porque lo sean para los mayores sino porque son consideradas así *desde fuera*, por el conjunto de una comunidad o una sociedad. ¿Estoy diciendo que, para mejorar la proyección social de los mayores, los PUM podrían hacer una aportación fundamental si su intervención educativa fuese dirigida a formar a personas mayores que van a hacer aportaciones significativas en la resolución de problemas y necesidades sociales fundamentales? Pues sí. Según esta forma de pensar los PUM, claro que resulta interesante que los mayores estén sanos, que se diviertan, que aprendan, que realicen actividades,... pero eso no bastaría. Cuando se plantea – como he hecho más arriba – la pregunta “¿Educar para qué?”, la respuesta productiva no es “para el bienestar de cada mayor”, ni siquiera, “para el bienestar de los mayores”, sino “para que los mayores contribuyan al bienestar de ellos dentro de las comunidades en las que viven, conectados con ellas y con sus problemas y necesidades”. Sobra decir que esta manera de concebir las cosas coloca en el frontispicio, de manera preferente, la cuestión de la proyección social. Si alguien preguntase, “Bueno, ¿y esto de los PUM para qué sirve?”, la respuesta podría ser: “Para mejorar la sociedad en la que vivimos y ayudar a solventar algunos de sus problemas fundamentales”. Veamos algunos ejemplos: ¿Qué diríamos de un

PUM que prepara a personas mayores para convertirse en mentores de jóvenes adolescentes en situación de riesgo de exclusión? ¿Y de un PUM que consigue que sus alumnos se impliquen en tareas de cuidado a domicilio de otras personas mayores? ¿Y de un PUM que promueve entre sus alumnos la creación de una empresa – lucrativa o no – que dé trabajo en un sector en crisis? ¿Y de un PUM que prepara a alumnos para impartir formación entre trabajadores de edad avanzada en el tema de la preparación a la jubilación? ¿Alguien dudaría de la evidente proyección social de este tipo de acciones? Los PUM pasarían a ser programas para mayores y de mayores, para convertirse en programas de mayores y por mayores pero para proyectarse en los entornos sociales en los que se organizan. Y esto vale para el entorno universitario: ¿Qué decir de un PUM que consigue que un grupo de mayores se formen como orientadores de jóvenes estudiantes universitarios que están realizando sus carreras en ese mismo campus? Una vez hecho el *giro* en la forma de pensar la cuestión, las posibilidades que se nos abren delante de los ojos son interminables. Y ahí podemos decir que casi todo está aún por hacerse.

**Tercera.** De algunos de los ejemplos que acabo de citar se extrae la conclusión de que la proyección social de los mayores podría potenciarse enormemente aprovechando, de verdad, no sólo el mero contacto sino el *trabajo intergeneracional*. Y, de nuevo, no sólo *de dentro afuera* sino también *de fuera adentro*. Los PUM podrían servir no de torres de marfil sino de *puentes entre generaciones*. De hecho hay que reconocerles que, al menos en una cosa, han sido pioneros: si no fuese por ellos muy probablemente los campus universitarios españoles estarían aún poblados – más de lo que están – casi exclusivamente por alumnos jóvenes o adultos en etapa de formación profesional. Los PUM, y sus más de 25.000 alumnos en la actualidad en España, han abierto una brecha en ese *status quo*. En lugar de reproducir con los mayores lo que la universidad ha venido haciendo con los jóvenes – y cometiendo así lo que he denominado el *error del continuismo* –, realizando actividades exclusivas para ellos, los PUM podrían servir, como he dicho, de puentes para proyectar *hacia dentro* y *hacia fuera* lo conveniente y necesario de los esfuerzos y proyectos intergeneracionales – estoy hablando, naturalmente, de generaciones extra-familiares. Los PUM podrían aliar a alumnos mayores y jóvenes, al menos, en estas cuatro líneas de actuación:

- 1) los mayores contribuyen a resolver problemas y satisfacer necesidades de los jóvenes;
- 2) los jóvenes contribuyen a resolver problemas y satisfacer necesidades de los mayores;
- 3) mayores y jóvenes contribuyen a resolver problemas y satisfacer necesidades de otros en el entorno universitario;
- 4) mayores y jóvenes contribuyen a resolver problemas y satisfacer necesidades de otros en el entorno extra-universitario;

De nuevo resulta patente que la proyección de los mayores – y de los jóvenes, también – se convierte así en un asunto central en la tarea y repercusiones de los PUM.

**Cuarta.** Entre los temas que aún constituyen un tabú dentro del mundo de los PUM está el de la *formación ocupacional y la inserción laboral*. De hecho, algunos PUM expresamente dicen que este asunto no es de su cometido porque ya no interesa a los mayores. Sin embargo, siendo consecuente con la forma de pensar que estoy exponiendo, no cabe sino referirse también a esta cuestión. Cuando decimos que a los mayores no les interesa ya trabajar, ¿es porque se lo hemos preguntado, porque les hemos persuadido de ello, porque somos nosotros y no ellos quienes lo pensamos, porque no existen realmente oportunidades para que los mayores pudiesen optar, porque hay un rechazo social hacia este tema? Frente a esto, un par de evidencias: (i) la edad de jubilación se está retrasando y, por recomendación de instancias europeas, la jubilación se ha flexibilizado <sup>(2)</sup>; (ii) si echamos un vistazo a las cifras de personas mayores de 65 años ocupadas en el mercado laboral, los porcentajes en algunos países de la Unión Europea alcanzan el 15 por ciento – se puede comprobar en el informe *Las personas mayores en España. Informe 2000*. No se trata, es evidente, de que todos los mayores permanezcan de por vida en sus puestos de trabajo; no se trata de forzar a que todos los jubilados regresen a su último empleo. No. Se trata, por un lado,

---

<sup>2</sup> El periódico IDEAL, de Granada, informaba en Diciembre de 2002 que 1.741 mayores de 65 años habían optado por continuar su vida laboral acogidos a lo establecido por el Real Decreto que había aprobado el Consejo de Ministros el 31/10/02 sobre flexibilización de la jubilación. Y sólo habían transcurrido dos meses desde su aprobación

de dar oportunidades reales ante las que los mayores puedan optar, y, por el otro, de aprovechar lo que los mayores deseen y puedan seguir aportando para la mejora de nuestra sociedad. ¿Qué pensaríamos si dijésemos que los PUM, entre sus tareas, podrían dedicarse también a la formación para el re-colocación o para el primer empleo – muchas mujeres amas de casa que actualmente están en las aulas nunca han sabido lo que es trabajar fuera de sus hogares. ¿Es esto un sinsentido? ¿De qué tipos de trabajo estamos hablando? Esto son preguntas sin responder. Ahora bien, contamos con la experiencia de algunos países que ya trabajan en esta línea. No siempre se trata de formar para un empleo lucrativo; muchas veces, mayores formados pasan a desempeñar tareas en puestos del tercer sector en los que no perciben un salario sino un estipendio que cubre sus gastos (desplazamiento, dietas,...). Aquí, más que en ningún otro ámbito, casi todo está aún por ser pensado y puesto en práctica. Pero descartar a priori esta vía de desarrollo de los PUM sería absurdo: tengamos en cuenta que, de cara al futuro, puede que lleguen a las aulas de estos programas personas mayores que cuenten con acreditación de conocimientos y experiencia profesional sobradas para poder re-emplearse; la pregunta clave es: ¿dónde preferirán formarse estos mayores de cara a su reingreso en el mercado laboral?, y ¿quién atenderá esta demanda de formación? Lo haga quien lo haga, la proyección social del tema está fuera de toda duda. Además, por cada mayor *productivo* – en el sentido explicado más arriba – quizá se esté contribuyendo como de ninguna otra forma a borrar la idea de que la vejez es apartamiento del mundo e improductividad.

**Quinta.** La proyección social *hacia afuera* también puede llegar de la mano de la *investigación*. Ahora bien, no sólo una investigación sobre, o con los mayores sino por los mayores. No es nada descabellado. Las experiencias abundan. Sólo basta con introducir en los planes formativos de los PUM itinerarios que preparen a aquellos mayores que lo deseen. Dentro de los tipos de investigación, cobra especial interés aquella que se centra en el análisis y propuestas de intervención sobre problemas sociales: la investigación acción. ¿Por qué? En conexión con el enfoque del *envejecimiento productivo*, los mayores de los PUM pueden convertirse en lugares de estudio y, en su caso, denuncia, de necesidades esenciales de la sociedad. Y digo bien: No sólo investigar sino hacer que los resultados de esa investigación, en lugar de quedarse en el *círculo académico* de las revistas y congresos, lleguen a las manos de aquellos que se encargan y tienen la responsabilidad de tomar decisiones relevantes para la inversión de

recursos. ¡Esto sí que sería una formidable proyección social! Pensemos en el caso en que un problema de interés general – cualquiera de los relacionados con la dependencia de los mayores, por ejemplo – se pudiese resolver o paliar gracias al esfuerzo investigador y de conocimiento de un grupo de personas mayores. ¡Cuánto cambiaría algo así la percepción negativa en torno a lo que los mayores son y hacen! Y experiencias de este tipo ya se han puesto en práctica con éxito (Caro, 2002).

**Sexta.** Todo lo dicho hasta ahora tiene *consecuencias organizativas* innegables. Si deseamos que los PUM potencien, en su núcleo, la proyección social *hacia afuera*, sería necesario que instituciones externas a la universidad pudiesen aportar sus puntos de vista y experiencias a la hora de orientar lo que los PUM hayan de hacer. Desde una mirada miope, de corto alcance, esto parecería atacar a la sacrosanta autonomía universitaria; sin embargo, en consonancia con lo sostenido en este texto, esa estrategia sería una manera inteligente de hacer más visibles los PUM donde aún no lo son, y una forma de evitar caer en un aislacionismo sin duda contraproducente. Insisto, si de veras interesa la proyección social de las personas mayores no sólo es porque desde la universidad los PUM vayan a proyectar *hacia afuera* su acción, sino, sobre todo, porque los PUM van a comenzar a tener en cuenta, de manera prioritaria, la realidad del espacio social en el que quieren proyectarse. Lamentablemente, la tónica actual es que los PUM españoles están más bien aislados; así no queda otra salida que la de la torre de marfil. Una estructura organizativa más abierta, con más participación de agentes externos, con consejos asesores en los que se sienten personas que viven fuera de la universidad, ayudaría a que la proyección social pudiese superar las fronteras del campus universitario – aunque, si somos honestos, habría que preguntarse en cuántos campus españoles todos los miembros de la comunidad universitaria conocen la existencia de un PUM, en caso de haberlo. Hasta ahora parece que las instancias externas, cuando han aparecido, lo han hecho tan sólo como financiadores; esto debe cambiar. Esas instancias pueden aportar ideas, creatividad, propuestas, demandas, problemáticas, soluciones,... que no siempre están a la mano de quienes viven *dentro* de la universidad. Y en esto nos jugamos mucho de esa proyección social de la que venimos hablando.



En conclusión, la proyección social y universitaria de los mayores debe buscarse de manera intencionada y no esperar que aparezca milagrosamente a raíz de cualquier intervención educativa por parte de los PUM.

¿Alguien se ha preguntado cuántos miles de personas mayores no están matriculadas en un PUM y nunca lo estarán? ¿Creemos que los PUM tienen algo que decir y ofrecer a esas personas mayores o simplemente nos contentamos con pensar que “esos son otros mayores; los nuestros son distintos”? – a algunos ya se les desliza el adjetivo posesivo a la hora de hablar de *sus* alumnos mayores. El presente trabajo apuesta por que los PUM, en lugar de fragmentar, contribuyan a aportar, que, en lugar de restar, sumen. ¿Cómo?

Sólo si la preocupación por *la proyección social de todos los mayores y no sólo de los alumnos de los PUM* se convierte en un elemento central en la filosofía de estos programas conseguiremos, por ende, que los PUM tengan un horizonte de crecimiento y expansión de enormes perspectivas. Si, por el contrario, nos encerramos en nuestro mundo universitario, con *nuestros mayores* – aquellos que han sido capaces de saber que los PUM existen y han podido acudir a ellos –, estamos limitando seriamente, desde su concepción, la expansión de estos programas. No hay que olvidar, de paso, que los PUM acaban de empezar. También en España. Una década de historia – para aquéllos programas más antiguos – no es nada en la configuración de un proyecto educativo con una justificación sólida. Ahora bien, las formas de pensar y de fundamentar lo que se está haciendo comienzan a instalarse y a pesar; si dejamos que se anquilosen, si no innovamos, si no levantamos la mirada para ver más allá del día y día, podemos encontrarnos en un callejón sin salida. No debería confundirse la autonomía universitaria con la autosuficiencia. Convendría darse un baño de humildad y reconocer que aún queda mucho por hacer y mucho por aprender. Repito, esto no ha hecho sino empezar. Y, hasta ahora, la proyección social y universitaria de los PUM españoles es más bien escasa. Incluso dentro del mundo universitario los PUM son aún una iniciativa poco visible, frente a la que existen dudas acerca de si merecen o no un esfuerzo inversor serio y mantenido en capital humano y financiero. En el ámbito social más amplio, la repercusión y visibilidad es aún menor; es lógico, pueden pensar algunos. Sí, pero no tanto por lo extenso de este ámbito en comparación con el primero sino por la escasa atención directa que se le ha prestado.

Hasta ahora los PUM viven, sobre todo, de los alumnos mayores que tocan a su puerta; ¿qué esfuerzos se han hecho o se están haciendo para proyectar los PUM más allá de su espacio de funcionamiento? Los que quiera que se estén realizando, son bienvenidos. Pero, de cara al futuro, esta proyección puede mejorar si la intervención educativa de los PUM se concentra, también, en su mundo exterior, en las personas mayores – o no mayores – que están *ahí afuera*, en los problemas y necesidades de la sociedad en general. En este sentido, los PUM no sólo deberían aspirar a formar a mayores que estén contentos, felices, satisfechos con sus vidas; sino a mayores – por lo menos algunos de ellos – capaces y deseosos de ir más allá e implicarse – como líderes incluso – en procesos de contribución significativa al desarrollo y mejora patentes de nuestra sociedad.

## REFERENCIAS

- CARO, F. (2002). Educación de personas mayores: desarrollando habilidades en investigación social aplicada. In J. Sáez Carreras (Ed.). *Pedagogía social y programas intergeneracionales: educación de personas mayores*. Málaga, Ediciones Aljibe, 171-190.
- IMSERO (2001). *Las personas mayores en España. Informe 2000*. Madrid, Observatorio de Personas Mayores (IMSERO).
- MOSKOW-MCKENZIE, D.; MANHEIMER, R. (1993). Organizing Educational Programs for Older Adults. A Summary of Research. Documento fotocopiado.
- SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M. (1998). La semántica de la terminología en la educación de los mayores. La gerontagogía. In J. García Mínguez (Coord.). *I Jornadas sobre personas mayores y educadores sociales*. Granada, Grupo Editorial Universitario, 103-108.
- SINNOTT, J. D. (1998). *The Development of Logic in Adulthood. Postformal Thought and Its Applications*. New York & London, Plenum Press.
- SINNOTT, J. D.; JOHNSON, L. (1986). *Reinventing the University. A Radical Proposal for a Problem-Focused University*. Norwood (NJ), Ablex Publishing Corporation.